

## Opinión

Luis G. Martín  
Escritor

## Incompetentes

De que el mundo no es justo y las sociedades humanas son bastante disparatadas no cabe ninguna duda, pero hay signos de ello que resultan exageradamente descorazonadores. E incomprensibles desde cualquier punto de vista. Uno de los que más me ha inquietado siempre es la recompensa social a la incompetencia y a la imbecilidad. O, en otras palabras, lo poco que tienen que ver los méritos personales para alcanzar el éxito.

En la nochevieja pasada, durante una de esas fiestas heterogéneas en las que nadie se conoce, me presentaron a una mujer metida ya en la treintena que, aparte de un carácter dulce y un ingenio socarrón que hacía las delicias de los invitados, tenía una conversación inteligente y llena de sentido común, igual se hablara de asuntos graves o de frivolidades navideñas. Cuando le pregunté a qué se dedicaba, me contó que ahora mismo estaba en el paro y que hasta hace tres meses había estado trabajando en una biblioteca en condiciones miserables. Su biografía laboral era aterradora: contratos basura, precariedades, subempleos...

No es la única persona industriosa que está en esa situación, por supuesto. Tengo amigos, por cuya maestría y buen hacer pondría la mano en el fuego, que han pasado años buscando un trabajo y al final sólo han encontrado ocupaciones muy por debajo de sus capacidades. Por eso, cuando voy encontrando por todas partes petimetres, me tiembla la conciencia.

Si hay exceso de recursos -me digo-, lo lógico sería usar los mejores. Pero no es así, y en ocasiones uno tiene la tentación de pensar que es casi lo contrario. En un bar, el camarero te sirve justamente lo que no has pedido y además te mira con desprecio por reclamarle. En un curso de informática al que te apuntas para aprender algo, el profesor te habla en un cyberlenguaje que no entenderían ni los androides de La guerra de las Galaxias. El director creativo de la agencia de publicidad a la que has encargado un folleto promocional es mentalmente vegetal. Y así hasta el presidente del Gobierno.

Si echamos un vistazo alrededor, deberíamos preguntarnos cómo tantos individuos están donde están habiendo tantos otros que los mejorarían. Cómo es posible que un espantapájaros de piel estirada sea alcalde de Madrid, teniendo el PP -como sin duda tiene- gente al menos presentable. Cómo es posible que Arias Cañete sea ministro de Agricultura en lugar de ser simplemente agricultor o vaca loca. O cómo a Jesús Mariñas le aprobaron la preescolar (si es que se la aprobaron) para que hiciera carrera. Misterios del alma humana.